

Melchor Sánchez
de Toca Alameda

didaskalos

LOS MÁRTIRES QUE NO FUERON

101



MELCHOR SÁNCHEZ DE TOCA ALAMEDA

LOS MÁRTIRES QUE NO FUERON

*Salvados, clandestinos, refugiados,
evadidos y muertos de la
persecución religiosa en España
(1936-1939)*



Imagen de cubierta: Los santos mártires – después del año 526, en la Basilica de San Apolinar Nuevo, mosaico bizantino de los siglos VI-VII, Rávena (arquitectura tardo-romana y bizantina), Emilia-Romaña – norte de Italia.

Primera edición: Octubre 2025

© Melchor Sánchez de Toca Alameda

Impreso en España. Printed in Spain

Depósito legal: M-21496-2025

ISBN: 978-84-19431-62-2

Impresión y encuadernación:

Editorial Didaskalos

Valdesquí 16, Madrid 28023

www.editorialdidaskalos.org

Queda prohibida, salvo excepción, prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal)

A Aquel que nos ama, y nos ha librado de nuestros pecados con su sangre, y nos ha hecho reino y sacerdotes para Dios, su Padre. A él, la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén (Ap, 1,5)

A la nube de testigos bajo cuya mirada corremos la carrera que nos toca (Heb 12,1)

A mis diecinueve sobrinos y a las nuevas generaciones de jóvenes cristianos a quienes estas páginas están destinadas.

Índice

	<i>Págs.</i>
AGRADECIMIENTOS	XI
INTRODUCCIÓN	XIII
 I. COMÚN DE CONFESORES.	 1
1. Asesinados dos veces	3
<i>Beata Micaela Rullán i Ribot</i>	5
<i>Beato Francesc Güell Alberch</i>	11
2. Sobrevivientes	17
<i>Sor Joaquina Miguel Paredes</i>	17
<i>Don Diosdado Uralde</i>	20
<i>P. José María Murall sj.</i>	23
<i>Ildefonso Villas de Grado</i>	28
<i>Otros sobrevivientes</i>	34
3. La trampa se abrió y escapamos.	36
<i>Tres agustinos en San Antón</i>	37
<i>Mi abuelo</i>	44
<i>Jugando al escondite con la muerte</i>	47
<i>Beato Avelino Rodríguez, osa</i>	49
4. Los extranjeros.	53
<i>Atilio Parussini y Pablo Hall</i>	57
<i>El falso mexicano</i>	68

	<i>Págs.</i>
II. LOS CLANDESTINOS Y LA RETAGUARDIA ORANTE	77
1. De nuevo los extranjeros	82
<i>Venerable Isidoro Zorzano</i>	82
2. El socorro sacerdotal en Madrid	87
<i>Siervo de Dios Carmen Hidalgo</i>	87
<i>Venerable Mons. José María García Lahiguera</i>	92
III. LOS QUE SE PASARON	101
1. Domine, quo vadis?	101
<i>Beato Álvaro del Portillo</i>	106
<i>Siervo de Dios Tomás Alvira Alvira</i>	118
<i>Venerable Justa Domínguez de Vidaurreta</i>	143
2. «Escapa como un pájaro al monte»	152
IV. EN LA CUERDA FLOJA	163
1. Una cuasi normalidad	166
<i>Siervo de Dios Martín Martín-Tereso</i>	168
<i>Santa Maravillas de Jesús</i>	179
<i>Siervo de Dios Guillermo Roviroso</i>	211
2. Los casos especiales	234
<i>El observatorio astronómico del Ebro</i>	234
<i>El canónigo Camarasa</i>	242
V. LOS <i>BELLATORES</i> Y LOS DEL FRENTE	273
1. Santos combatientes	278
<i>Venerable Ismael de Tomelloso</i>	281
<i>Siervo de Dios Antonio Rivera Ramírez</i>	296

	<i>Págs.</i>
2. En el frente sin combatir	315
<i>Siervo de Dios Fernando Huidobro sj</i>	315
<i>Beato Pere Tarrés</i>	359
EPÍLOGO	387
BIBLIOGRAFÍA	393
ÍNDICE DE AUTORES Y LUGARES	399

Agradecimientos

Este libro debe mucho a la colaboración desinteresada de muchas personas. Mi primer agradecimiento va a don Jorge López Teulón, hermano y compañero de seminario y presbiterio, verdadera enciclopedia ambulante sobre mártires y martirios de la persecución religiosa en España. Sus sabios consejos me han ido ofreciendo pistas de trabajo y han resuelto muchas dificultades sin dudar un momento compartir su inmensa sabiduría sobre la persecución religiosa en este período. Mi agradecimiento va también a Mons. Juan Antonio Martínez Camino, verdadero *cultor martyrum*, promotor y divulgador de estos hermanos nuestros, por sus atinados consejos y amables correcciones.

Igualmente deseo agradecer a mis colegas del Dicasterio de las Causas de los Santos por sus consejos y sugerencias, en particular al personal del archivo, Simona Durante y Lorella Maiorresi, a quienes durante semanas hice sudar sacando y metiendo del archivo los voluminosos ejemplares de las actas y las *Positio-nes* de las causas de beatificación de algunos de los personajes de

estas páginas. Mons. Francisco Jesús Conceglieri Pérez ha sido un fino y eficaz consejero, haciendo honor al apellido de sus antepasados italianos, afincados en la soleada bahía de Cádiz. Y lo mismo mons. Alberto Royo, Promotor de la fe en el Dicasterio.

Mucho debo también a la Oficina para las Causas de los Santos de la Conferencia Episcopal Española. Capitaneada por su directora, D^a Lourdes Grosso, M.Id., y don Fernando del Moral Acha, ha ido pacientemente elaborando una impresionante documentación y una base de datos, instrumentos indispensable de consulta para quien quiera estudiar la persecución religiosa en España en los años treinta.

Don Miguel Sánchez de Toca y don Pedro Ochoa fueron los primeros lectores de este manuscrito. Gracias a su vigorosa crítica, mordiente y eficaz como el papel de lija, hoy se presenta este libro con muchos menos defectos.

Y en fin, como suele ser habitual, un agradecimiento especial también a todos los que me han ayudado con sus consejos, sus indicaciones y su interés.

Introducción

Cuando se habla de la persecución religiosa en España en los años treinta, el pensamiento vuela inevitablemente hacia los millares de testigos de Cristo —*mártires* en su estricto sentido etimológico— que murieron en una de las mayores y más cruentas persecuciones contra la fe cristiana que la historia ha registrado jamás, por su extensión y su metódico ensañamiento. Los números son bien conocidos: cerca de siete mil sacerdotes, religiosos y religiosas, a los que hay que añadir un número impreciso, pero altísimo, de laicos, hombres y mujeres de toda clase y condición, asesinados por el único delito de ser católicos practicantes, o por lo que se ha llamado «la peligrosa vecindad de la sotana»: padres, madres, hermanos de sacerdotes o quienes les dieron refugio. Mons. Antonio Montero, en su obra imprescindible *La persecución religiosa en España 1936-1939*, cifraba en 6832 el número de víctimas¹, limitándose únicamente a

¹ A. MONTERO, *La persecución religiosa en España 1936-1939*. Á. D. MARTÍN RUBIO, «La persecución religiosa en España 1931-1939», 63-89, rebaja en su artículo la cifra 6771.

los obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y seminaristas, sin incluir en este cómputo a los laicos asesinados solamente por su fe, de quienes sin embargo incluye una amplia y generosa reseña en su libro. Otros estudios recientes han corregido ligeramente al alza la cifra de Mons. Montero, llevándola a un total de 6.913 mártires eclesiásticos, mientras que la oficina para las causas de los santos maneja últimamente la cifra de 10.000 mártires, incluyendo también a los laicos asesinados por su fe².

De este *martyrum candidatus exercitus*, «blanco ejército de los mártires», como lo llama el himno latino *Te Deum*, la autoridad de la Iglesia ha incluido hasta el día de hoy a once en el catálogo de los santos y ha beatificado otros 2.128, correspondientes a 113 causas de martirio de obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos. A ellos hay que añadir otros 3.280 Siervos de Dios, agrupados en 54 causas de martirio abiertas, que se hallan en diversas fases del largo y complejo proceso canónico de canonización. La suma de estas causas, tanto las ya concluidas como las que están en curso, arroja un balance total de 5.408 personas entre santos, beatos y siervos de Dios, una cifra enorme, aunque muy distante todavía de los casi siete mil antes mencionados, que solo incluye a eclesiásticos y religiosos³.

Lo cierto es que son muchos todavía los mártires aún no beatificados, a los que hay que añadir aquellos cuya causa no se

² Agradezco a Mons. J. A. Martínez Camino su amable indicación, que desglosa así: 12 obispos, 4.235 sacerdotes y seminaristas diocesanos; 2.370 religiosos y 296 religiosas, lo que hace un total de 6.913 mártires eclesiásticos, sin contar los laicos.

³ Debo estos datos a la Oficina para las Causas de los Santos de la Conferencia Episcopal Española, a quien va todo mi agradecimiento.

ha introducido y acaso nunca se haga. Entre los primeros están los que, como el pobre paralítico de la piscina de Betesda, no tienen quien promueva su causa. Una causa de beatificación es una cosa muy seria, uno de los procesos más rigurosos y severos que hay: exige recoger de manera sistemática y exhaustiva testimonios y pruebas documentales, tomar declaraciones, buscar, catalogar y transcribir documentos auténticos escarbando, en archivos eclesiásticos, ministeriales, judiciales o académicos, legajos sepultados en sótanos o armarios polvorientos. Y aunque la era de internet ha puesto a disposición del investigador cantidades nunca imaginadas de documentos consultables desde el computador, en la plácida quietud del propio escritorio, lo cierto es que estas pesquisas requieren tiempo, dedicación y, justo es recordarlo, medios económicos.

No siempre es la devoción ni el dinero lo que falta, sino el tiempo y los recursos humanos necesarios para promover estas causas y llevarlas a su feliz conclusión. Otras veces, en cambio, son factores intrínsecos los que impiden la apertura o la conclusión de un proceso, principalmente la dificultad de probar de modo incontestable la muerte por odio a la fe, bien por falta de testigos o de documentos que lo demuestren fuera de toda duda razonable, o bien, y es el caso más frecuente, porque no haya constancia suficiente acerca del verdadero motivo de la muerte. Porque el martirio, según la expresión comúnmente aceptada del cardenal Próspero Lambertini es *voluntaria mortis perpassio sive tolerantia propter fidem Christi, vel alium virtutis actum in Deum relatam*, es decir, el padecimiento o soportación voluntaria de la muerte por la fe en Cristo o por otro acto de virtud relativo a Dios⁴, y es precisamente

⁴ *De Servorum Dei beatificatione et Beatorum canonizatione*, L. III, cap. 11, 1.

ese *propter fidem Christi*, o *propter actum virtutis* lo que se ha de demostrar. Es lo que se ha llamado el *odium fidei* como causa formal del martirio, entendido en toda la amplitud del término, es decir, el odio a la fe o a los comportamientos virtuosos que derivan de la fe, como pueden ser la castidad o la defensa de los pobres o de los derechos humanos. Lo cierto es que ha habido y hay muertes violentas de sacerdotes, religiosos y laicos por causas muy nobles, o por motivos banales, que no constituyen una causa de martirio, por muy santa que hubiera sido su vida. Según el conocido adagio formulado por san Agustín, *non poena sed causa facit martyrum*: no es la muerte violenta, sino la causa lo que hace que un mártir de Cristo sea tal. Es conocido el caso de san Carlos de Foucauld, asesinado en su humilde choza en Tamanrasset por una banda de ladrones que no sabían quién era aquel pobre morabito que vivía entre cuatro paredes de adobe. En la persecución religiosa española y durante la guerra, hubo muchos que murieron en el frente de batalla, como combatientes o auxiliares. Hubo también asesinatos por razones de tipo político y por motivos personales, viejas rencillas que encontraron en el caos general de la revolución y la guerra la ocasión propicia para un ajuste de cuentas. Por mucho que la prensa de la época ensalzara a aquellos caídos como «mártires», no lo son en el sentido estricto que el término tiene en la Iglesia.

Hay también, correspondientes a esos mismos años, otras causas de beatificación que nunca serán reconocidas como martirio, simplemente porque no lo fueron. Son pocas, y pasan casi desapercibidas, ocultas tras la imponente multitud de mártires. Una somera investigación en los archivos del Dicasterio para las Causas de los Santos permite apreciar la desproporción entre unas y otras: para los años 1936-1939, frente a las 167 causas de

martirio de las diócesis españolas que comprenden 5.408 personas, hay solo siete causas registradas por vía de virtudes heroicas, correspondientes a otros tantos siervos de Dios que no fueron mártires⁵: tres de ellos vivieron en primera persona la experiencia dramática del frente y también se vieron afectados por el parón impuesto por Pablo VI que congeló todo lo que tuviera que ver, aunque fuese indirectamente, con la guerra civil; dos mujeres padecieron las penalidades y sufrimientos de la contienda, que fueron causa última de su muerte; y otros dos, en fin, murieron serenamente en la retaguardia, lejos de las convulsiones de la persecución y el conflicto.

Fue este simple dato comparativo el que llamó mi atención y me puso inicialmente sobre la pista de aquellos siervos de Dios que aun habiendo muerto en los mismos años de la persecución no fueron coronados con la gloria del martirio. El paso siguiente era fácil: se trataba de buscar otros santos, ya canonizados o en proceso de serlo, que hubieran pasado por aquella tremenda purificación sin alcanzar la corona de laurel reservada a los mártires, para quienes Dios tenía reservada otra misión en la Iglesia después de la prueba. Y es que en aquella orgía de violencia que se desencadenó en España en el verano de 1936 algunos solo

⁵ Son las causas de san Rafael Arnaiz Barón, oblato trapense, (1911-1938), canonizado en 2009; la beata Saturnina Jassá y Fontcuberta, cofundadora de la Compañía de Santa Teresa (1851- 1936), beatificada en 1990; los venerables Práxedes Fernández García de Fernández, laica, casada (1886-1936) e Ismael Molinero Novillo, “Ismael de Tomelloso” (1917-1938), laico; los Siervos de Dios Antonio Rivera Ramírez (1916-1936), laico; p. Fernando Huidobro sj, sacerdote, (1903-1937); María Isabel González del Valle Sarandeses, cofundadora de las Misionarias de las Parroquias Rurales (1889-1937).

asistieron desde lejos a los desastres de la revolución o la guerra, en la relativa tranquilidad de la retaguardia de la zona llamada nacional. Pero a otros les tocó vivir en el ojo mismo del huracán y sin embargo sobrevivieron. Enfrentados al terrible dilema de permanecer en el propio puesto, arriesgándose a una muerte casi cierta, ocultarse para poder seguir atendiendo clandestinamente a los fieles o huir pasando a la zona nacional, cada uno obró como la conciencia le dictaba. Las intervenciones de la Providencia divina, verdaderamente extraordinarias en algún caso, les permitieron salvar la vida y, una vez cesada la persecución, llevar a cabo grandes proyectos en la Iglesia.

A partir de ahí mi interés se dirigió entonces a otros santos y siervos de Dios que se vieron arrastrados al frente de batalla y tuvieron que empuñar, voluntarios o forzosos, las armas, o bien prestar servicios auxiliares como médicos o capellanes militares. Algunos de ellos murieron en el frente o a consecuencia de heridas contraídas en él, pero a ninguno de ellos, sin embargo, le cupo en suerte la gloria del martirio.

El interés por todas estas figuras ha ido configurando así varias categorías, casi una taxonomía de perseguidos que se libraron de una muerte violenta por distintos motivos, y que configuran el esquema de los capítulos de esta obra.

Después de una introducción general al período en cuestión, el capítulo primero está dedicado a los que sobrevivieron a la persecución después de haber soportado prisión, torturas e incluso la propia ejecución. A estos, según la terminología de la Iglesia antigua, corresponde plenamente el título de *confessores*, los que mostraban en su propia carne «los estigmas de Cristo», las cicatrices de la persecución. Existe un discreto florilegio de

esos que Mons. Montero llama *ex fusilados*, es decir, sobrevivientes a una ejecución, testigos de excepción de sus compañeros de martirio. Por supuesto, el hecho de haber pasado por la experiencia de un fusilamiento no los convierte automáticamente en santos, pero sí aparecen junto a algunos de los ya beatificados y su testimonio posee el incalculable valor que confiere la estremecedora cercanía de la muerte. Por no mencionar el caso, como veremos, de al menos dos mártires que, habiendo sobrevivido a un primer fusilamiento, fueron atrapados y fusilados una segunda vez, esta vez, digamos, con éxito: la beata Catalina Caldés Socías, franciscana hija de la misericordia y el siervo de Dios Francesc Güell Alberch, párroco de Bellprat, en la diócesis de Vic.

Algunos de estos confesores se salvaron providencialmente *in extremis* de una muerte inminente y cierta, de manera fortuita. Los casos son muchos y muy diversos. Por un lado están los que se libraron gracias a su condición de extranjeros, a veces con doble pasaporte, como era el caso de los nacidos en América, para quienes un simple certificado de nacimiento significó la libertad. Mientras que algunos fueron repatriados o marcharon a países vecinos esperando que amainase la tempestad, otros optaron por quedarse, aprovechando precisamente esta condición, que les proporcionaba una precaria inmunidad para moverse con una cierta libertad y ayudar a sus hermanos. Los maristas franceses pudieron así ayudar a muchos de sus pobres hermanos, perseguidos como piezas de caza, especialmente en Cataluña donde más se ensañaron con ellos. Los seminaristas claretianos argentinos Parussini y Hall, salvados en el último momento, nos han dejado un relato de primera mano de los últimos momentos de los mártires de Barbastro, mientras que Isidoro Zorzano, gra-

cias a su condición de argentino, pudo ayudar a san Josemaría y a otros socios del Opus Dei a buscar refugio y en última instancia a huir.

Entre los salvados están también los que se libraron en el último momento de una muerte más que probable de manera fortuita o accidental, gracias a una confusión o una intervención de un conocido. Son numerosos los testimonios de quienes en el último momento fueron librados del paredón en circunstancias sorprendentes. Claro que también otros tomaron la iniciativa de huir y ponerse a salvo aprovechando un descuido de sus captores, escapando como un pájaro al monte.

El segundo capítulo está dedicado a los que operaron en la clandestinidad. Superada la primera y más brutal oleada de violencia que siguió a los primeros días, aquellos a quienes no lograron detener ni asesinar se las ingeniaron para permanecer ocultos en la clandestinidad, donde pronto comenzaron a tejer las redes de una iglesia de catacumbas, verdadero prodigio de asistencia espiritual y material, de administración de sacramentos y socorro a los perseguidos. Muchas familias religiosas y diócesis han conservado la memoria de estos pimpinelas que se jugaban la vida cotidianamente atendiendo a los fieles privados de sacramentos y de la guía de sus pastores. Nosotros mencionaremos aquí la obra del venerable Mons. Josemaría García Lahiguera, vicario general para la diócesis de Madrid, organizador de la red de asistencia clandestina para la que contó con la ayuda inestimable de una gran mujer, la sierva de Dios María del Carmen Hidalgo, cofundadora, junto con él, de las Oblatas de Cristo Sacerdote. Pero igualmente podríamos haber recordado al entrañable y eficiente p. Torrent co, Vicario General de Barcelona, que guio la iglesia de la Ciudad Condal en uno de los períodos más

sangrientos de la persecución, o al p. Guim sj, provincial de los jesuitas en Cataluña, a quien primero los comités revolucionarios y luego el SIM estuvieron dando la caza con tanto ahínco como escaso éxito durante los tres años de la guerra.

La historia de los que lograron encontrar refugio en las embajadas y legaciones, verdaderas chalupas de salvamento en aquel tsunami de violencia, también merece la pena ser contada. La vida en estos oasis, ha sido narrada en diversas publicaciones con riqueza de detalles y con la inmediatez de los hechos. Solo por mencionar las más famosas, vale la pena recordar aquí *Diplomático en el Madrid Rojo* de Félix Schlayer⁶, el ingenioso y emprendedor cónsul de Noruega, lleno de recursos, que logró montar hasta una lechería para abastecer a sus refugiados; y *Una isla en el mar rojo*, de Wenceslao Fernández Flórez⁷, que describe ácidamente el ambiente del Madrid bajo el terror y la vida de refugiado en una Embajada. Mons. Montero ha contado con riqueza de particulares la organización eclesiástica al amparo de estas legaciones. Era siempre un refugio precario, expuesto al peligro de irrupción por parte de grupos de pistoleros que no reconocían la inmunidad diplomática ni las más elementales normas del derecho internacional, pero abrigo, al fin y al cabo, donde se organizó una vigorosa vida espiritual.

La precariedad de estos refugios llevó a muchos a plantearse la necesidad de una huida al extranjero o el paso a la zona nacional. Tanto lo uno como lo otro implicaba un altísimo ries-

⁶ F. SCHLAYER, *Diplomático en el Madrid Rojo*, publicado originalmente en alemán, *Diplomat im roten Madrid*, 1938.

⁷ W. FERNÁNDEZ FLÓREZ, *Una isla en el mar rojo*, publicado originalmente en 1939.

go, y si lo afrontaron fue únicamente con la esperanza de poder continuar una acción apostólica que en aquella clausura forzada resultaba imposible. Son los personajes de otra de las galerías de esta colección que hemos escogido, los *pasados*. Que la operación fuera sumamente arriesgada lo demuestra el asesinato de los siete hospitalarios colombianos, detenidos en Barcelona cuando iban a embarcarse fuera de España, a pesar de tener sus pasaportes en regla. Veremos así también las peripecias, ya conocidas, del beato Álvaro del Portillo, o de la Madre Vidaurreta, tratando de ponerse a salvo en medio de mil peligros. A este grupo dedicaremos el capítulo tercero.

Están, en fin, y será el último capítulo de esta serie, aquellos a quienes, contra toda expectativa, dejaron en paz. Molestados, injuriados, acaso encarcelados, pero no asesinados. Estos casos fueron aumentando a medida que la oleada más violenta iba cediendo, a finales de 1936 y luego de los sucesos de mayo de 1937 en Barcelona, y se iba restableciendo, al menos de modo parcial, el orden y una cierta legalidad en la retaguardia republicana. Algunos simplemente transcurrieron en la cárcel el resto de la contienda, sin más molestias —y no eran pocas—, que la reclusión, la falta de libertad y de higiene, y la mala alimentación, que compartieron con gran parte de la población.

Como decíamos antes, aunque esta antología se refiere a quienes vivieron la persecución religiosa, no estaría completa si no mencionáramos a aquellos que vivieron la contienda en primera persona, algunos de los cuales, los que estaban en el ejército popular, también fueron objeto de persecución y maltrato por su condición católica. A unos les tocó combatir y luchar en el frente, tanto en un bando como en el otro, bien porque fueron

movilizados, bien porque se presentaron voluntarios. Si los hemos traído aquí es porque todos ellos comparten también el hecho de no haber sido mártires: conocieron en primera persona el horror de la primera línea, alguno incluso murió en batalla, pero no fueron mártires. Los siervos de Dios Antonio Rivera e Ismael Molinero Novillo, dos dirigentes locales de la Acción Católica, de Toledo el uno y el otro de Tomelloso, se vieron arrastrados a empuñar las armas y los dos murieron durante la guerra, no en combate, sino a consecuencia de heridas o enfermedades contraídas en el frente. A cada uno de ellos le tocó militar en uno de los dos bandos: Antonio, como voluntario, en el bando nacional, e Ismael, en el ejército popular, llamado por su quinta.

Junto a ellos están los que vivieron en el frente no como combatientes, sino con otras funciones, como el siervo de Dios Fernando Huidobro sj, conocido como el capellán de la Legión, muerto por la explosión de una granada en el frente de Madrid en 1937 mientras asistía a los legionarios heridos y moribundos o, en el bando opuesto, el beato Pere Tarrés, miembro de la *Federació de Joves Cristians de Catalunya*, movilizado como médico en el ejército popular cuando aún era laico, el cual conoció también de primera mano los horrores del frente y vivió, o mejor, sobrevivió, para contarlos.

Merecen también un comentario los que fueron alistados o enrolados a la fuerza en el ejército y murieron en batalla. Y también el caso triste de los sacerdotes vascos fusilados por las tropas de Franco, a quienes no cupo el honor de haber sido asesinados en nombre del Evangelio.

Estas categorías que hemos delimitado no son compartimentos estancos. Algunos de ellos podrían encajar en varias de ellas:

Tarrés vivió clandestinamente casi un año antes de ser llamado por su quinta al frente; Ismael de Tomelloso vivió en su pueblo un año entero, perseguido, insultado y siempre amenazado, hasta que le llegó también a él la hora de partir para el frente. Y la madre Maravillas, que organizó un convento carmelitano en un piso de Madrid, acabó pasándose al otro lado. Para cada capítulo hemos escogido simplemente las figuras más representativas.

Para algunos de ellos, la persecución padecida fue un momento determinante en la propia experiencia espiritual. Para otros fue solo una terrible pesadilla, pronto olvidada, como un momento de purificación interior. Todos tienen en común, sin embargo, el hecho de no haber sido mártires, a pesar de haber vivido directamente la persecución o la guerra, y en algunos casos, ambas. Son estas vidas las que me interesaban y las que he querido presentar en estas semblanzas de santos que pasaron por la persecución y la guerra sin la gloria del martirio, tratando de penetrar algo en la vivencia interior de aquellos momentos terribles. Y junto a ellos, recoger aquí las peripecias de otros personajes cuyas trayectorias aparecen entrelazadas con las suyas, componiendo así un variado mosaico de vidas y muertes bajo el común denominador de la condición no marcial.

Las vidas de la mayoría de los personajes que aparecen en estas páginas son bien conocidas y no he pretendido decir nada nuevo, aunque a fuerza de buscar y rebuscar en archivos creo también haber encontrado alguna perla interesante. Mi intención era simplemente presentar al lector una galería de retratos de personas que compartieron la experiencia única de haber sobrevivido a una persecución despiadada y la de aquellos otros a

quienes correspondió una muerte sin gloria, tanto en el frente, como en una cama de hospital o en la tapia de un cementerio. De los que no murieron, me interesaba la condición de sobrevivientes y en todos, el dilema interior que se les presentó cuando tuvieron que tomar decisiones trascendentales. Quería acercarme, siempre de puntillas, al santuario de su conciencia y tratar de reconstruir el proceso que les llevó a tomar la decisión de permanecer o huir, a aceptar la voluntad de Dios y descubrir que para ellos, no era el martirio, sino una misión reservada para otros tiempos, los de la reconstrucción.

No me queda sino añadir aquí algunas breves notas de tipo metodológico. La primera se refiere a la naturaleza de esta obra. Debo decir, ante todo, que no es una obra de *historia*, sino de *historias*, o quizá mejor, de *microhistorias*, lo que Unamuno llamaba *intrahistoria*. No he tratado de elaborar un cuadro histórico de la persecución religiosa en todos sus aspectos, sino únicamente de contar historias de quienes la vivieron y sobrevivieron, tratando de tejer un relato ameno y riguroso a la vez. He recogido aquí semblanzas y apuntes de personas cuyos hilos se entretajan en la urdimbre del gran telar de la historia. Ciertamente, algunos de los personajes aquí reseñados tuvieron después una importancia determinante en la historia de España y aun en la de la Iglesia universal, como fundadores o iniciadores de movimientos y realidades eclesiales de gran impacto. Pero la mayor parte, terminada la persecución, volvió a sus ocupaciones habituales, confundándose entre la multitud, como si nada hubiera pasado.

A caballo, pues, entre la divulgación y el rigor histórico, aunque he tratado de refrenar la pedantería y evitar discusiones in-

útiles, he procurado ser riguroso en el uso de las fuentes. Debo confesar aquí que mi posición como Relator para las Causas de los Santos me ha permitido un acceso privilegiado a documentación de primera mano, de extraordinario valor histórico, materiales que están todavía protegidos por el secreto sumarial. He procurado por ello ceñirme al uso de fuentes de uso común, ya publicadas, que son igualmente abundantes. En muchos casos, es la misma postulación de las causas de los mártires o de los santos la que ha puesto a disposición del público general, bien en forma impresa, bien en la red, documentos y escritos relativos a los beatos y siervos de Dios, fácilmente accesibles. A ellos remito a quien desee saber más acerca de las historias que aquí hemos recogido.

Quien tenga la paciencia de leer las páginas que siguen podrá notar la abundancia de textos, declaraciones, informes y escritos de los protagonistas de los hechos o de testigos de los mismos. He querido que fuese su voz la que relatase los acontecimientos, a través de los informes internos que las congregaciones religiosas y las diócesis recogieron al terminar la guerra, y después, en los procesos canónicos que se abrieron.

Estos textos, muchos de ellos escritos todavía en el calor incandescente de la persecución recién terminada, reflejan en su vocabulario y en su estilo el ambiente de una época y, sobre todo, el clima de exaltación de toda una Iglesia, que salía resplandeciente de la persecución exhibiendo orgullosamente sus heridas. Inevitablemente recogen también un lenguaje y unos términos que hoy pueden resultar chocantes o inadecuados.

He colocado en el apéndice final todas las obras impresas utilizadas, dejando en las notas a pie de página una referencia

al título en forma abreviada. En cualquier caso, esta bibliografía no tiene pretensión alguna de exhaustividad. Ni soy experto en historia ni he pretendido aquí reescribir la historia de la persecución religiosa en España. Por lo demás, los que conocen este ámbito podrán sin duda reconocer los autores de quien soy deudor.

En cuanto a la elección de los personajes, de todos los candidatos posibles que habrían podido poblar esta galería, he escogido solo algunos, con criterios muy personales. En muchos casos, esta elección ha dependido de factores puramente extrínsecos, como es el ser relator de la causa y, por lo tanto, de la facilidad de acceso a fuentes y documentos sobre el personaje. En otros, ha sido la simpatía o la afinidad espiritual la que me ha llevado a interesarme por una persona concreta y a darle cabida en esta obra. En cuanto a su condición, me he concentrado en aquellas personas ya canonizadas, beatificadas o en proceso de serlo. Entre ellos hay obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos, ancianos y jóvenes, nacionales y extranjeros. Sin embargo, al socaire de estas grandes figuras han ido surgiendo después otras muchas, casi como miniaturas junto a los grandes retratos de los santos, que ayudan a completar la panorámica general de aquellos años. Son personajes casi anónimos, de los que apenas ha quedado una mención a vuelapluma en las grandes crónicas de la historia. Todos ellos padecieron la persecución o tuvieron que enfrentarse a ella, cada uno a su manera y creo que todos ellos comparten la bienaventuranza anunciada por Jesús para los que son perseguidos por causa de su nombre. Juntos componen un microcosmos que refleja la riqueza de aquella Iglesia de los años treinta que afrontó la persecución con una fe profundamente arraigada en el amor y llena de esperanza.

En fin, casi a modo de descargo de responsabilidad debo añadir una última observación de tipo metodológico con la que termino esta ya larga introducción. En esta obra, he usado indistintamente diversas denominaciones para referirme a los dos bandos en litigio en la contienda. Unas veces, éstas reflejan sencillamente los términos usados por los protagonistas en sus textos; cuando la elección dependía de mí, he tratado de elegir una terminología más neutra, que sin embargo no puede obviar la realidad.

En el fondo, estas páginas tratan de instruir y entretener. Nada como una buena historia para aliviar las penas y traer algo de solaz y contento al ánimo. Nuestro Señor Jesucristo, como buen hijo de la tribu de Judá, tenía un peculiar talento para contar historias y entretener a su auditorio. Era un maestro en componer historietas con una moraleja, —esas que conocemos como parábolas— con el fin de hacer pensar a sus oyentes. Es lo que desearían también estos relatos: provocar, inquietar, y suscitar en el lector la misma pregunta, quizá con matices diferentes, que se hacía san Ignacio cuando convaliente en su caserón de Loyola, leía vidas de santos: «¿qué sería si yo hiciese esto que hizo san Francisco y esto que hizo san Domingo?». También estas historias quisieran ayudar al lector a preguntarse qué habría hecho en aquellas circunstancias y cómo habría reaccionado. Para responder quizá, con san Ignacio, «si ellos lo hicieron, yo también lo tengo de hacer».

Común de confesores

Antes de la reforma litúrgica, había en el misal, junto al común de mártires, —es decir, el conjunto de oraciones y antífonas del misal para las memorias de los santos que no tienen textos propios—, el de vírgenes y el de confesores. Los confesores, del latín *confessor*, eran una categoría introducida en la iglesia de los primeros siglos para designar a santos no mártires.

Parece que el primero en utilizar este término fue Cipriano de Cartago, quien habla de los *confessores* para distinguirlos de los *martyres* que habían muerto en la persecución. Todos habían sufrido cárcel, privaciones, y terribles torturas, pero no todos habían muerto. A quienes sellaron con su muerte el testimonio de Cristo, se le conoce como mártires; a los otros, cuyas cicatrices y terribles desfiguraciones constituían su mayor título y un estremecedor testimonio de su fidelidad a Cristo, se los conoció como *confesores*. Habían confesado a Cristo en la prisión y en la tortura, sin echarse atrás, sin avergonzarse de él, y eran por ello objeto de especial veneración por parte de los fieles.

Cesado el tiempo de la persecución, hacia el siglo IV, sin embargo, el título se fue extendiendo a aquellas personas que se habían distinguido con una vida extraordinaria, padeciendo y sufriendo, no a manos de perseguidores externos, sino por los ayunos, las penitencias y los trabajos padecidos y soportados por Cristo. El primero a quien comenzó a darse este título fue san Martín de Tours, según la expresión de su biógrafo, Sulpicio Severo, y después se fue extendiendo poco a poco a aquellos cristianos que vivieron ejemplarmente su vida de fe.

Estos *confessores*, pues, poco tienen que ver con los confesores según el sentido habitual del término en español, que se aplica en cambio a los sacerdotes que ejercen el ministerio de la reconciliación, escuchando confesiones de los penitentes y administrando el perdón divino en nombre de la Iglesia, aunque a veces sea un auténtico suplicio. *Confessor* es el título que conviene, en cambio, a aquellos que sufrieron la persecución en su propia carne, aunque no hubieran muerto en ella. Son los confesores de la fe, segundos en dignidad únicamente a los mártires.

La persecución religiosa en España en los años treinta nos ha regalado una interminable galería de confesores con sus sufrimientos y peripecias padecidas por amor y fidelidad a Cristo. Y sin embargo, sus vidas, oscurecidas por el potente resplandor de los mártires, que sí murieron, a veces en las mismas circunstancias, han quedado como en penumbra. Baste como muestra un dato ilustrativo. En su imprescindible obra *La persecución religiosa en la archidiócesis de Toledo 1936-1939*, don Jorge López Teulón ha elaborado el martirologio completo de los mártires de la archidiócesis primada, magníficamente documentado y con abundante material gráfico. En este monumental volumen, sin

embargo, los que no murieron mártires apenas merecen unas pocas pinceladas en nota a pie de página, a pesar de haber sido también objeto de persecución. Es precisamente este olvido el que quisiéramos compensar ofreciendo aquí algunos trazos esenciales de los casos más llamativos.

1. **Asesinados dos veces**

El título de confesores corresponde por derecho propio y en primer lugar a aquellos que fueron efectivamente ejecutados, normalmente por fusilamiento, y a pesar de ello sobrevivieron a la terrible prueba. Aunque parezca sorprendente, los casos son más numerosos de lo que podría pensarse. En parte, porque estas ejecuciones extrajudiciales, llevadas a cabo por comités, patrullas y pandillas de asesinos, solían hacerse con nocturnidad, y por supuesto alevosía, pero apresuradamente, tratando de evitar la presencia de testigos molestos. Naturalmente, hubo también muchos asesinatos cometidos a plena luz del día, desde disparos a bocajarro a verdaderos linchamientos, lapidaciones, despeñamientos y todo tipo de perversidades. Pero la dinámica más común fue la de la eliminación de «elementos desafectos» mediante fusilamiento nocturno, vulgarmente conocido como *paseo*, que se reveló muchas veces una auténtica chapuza. A veces, ni siquiera el tiro de gracia lograba acabar con la vida de los pobres desgraciados, que quedaban malheridos y agonizantes durante horas, hasta que un alma piadosa, jugándose el tipo, los auxiliaba o bien morían desangrados.

Estos sobrevivientes al fusilamiento, en circunstancias realmente asombrosas, son testigos de excepción de los últimos

momentos de sus compañeros de martirio, con la credibilidad añadida que confiere la cercanía a la muerte. Es importante señalar aquí que cuando hablamos de circunstancias asombrosas, providenciales, o singulares, no nos referimos a una intervención milagrosa en sentido estricto, es decir, como una suspensión parcial de las leyes de la naturaleza obrada por Dios. Estos de que hablamos fueron realmente fusilados, las balas desgarraron sus miembros, a veces desfigurándolos horribilmente, con consecuencias permanentes, y sin embargo, no lesionaron los órganos vitales, ni se desangraron por lo que, con las oportunas curas, pudieron restablecerse y seguir viviendo. Es este tipo de intervención extraordinaria al que nos referimos, siempre dentro del curso habitual de las cosas. Milagro en sentido estricto habría sido que una bala, golpeando órganos vitales, no hubiera provocado lesión alguna, como los tres jóvenes en el horno ardiente salieron indemnes de cualquier quemadura. Nos referimos a un tipo diferente de intervención divina, que no entra en el terreno de lo imposible, sino solo de lo improbable: la suma de la incompetencia de los verdugos, la resistencia física del ejecutado, y alguna otra variante aleatoria evitaron la muerte, aunque fuese por un pelo. Para ellos, fue sin duda un milagro, aunque no lo sea en el estricto sentido que los teólogos atribuyen a este término.

Hay, sin embargo, dos casos trágicos en los que este suplemento de vida se saldó después con un segundo fusilamiento, este sí, definitivo. Dos de estos bi-fusilados han sido declarados mártires por la Iglesia y se cuentan en el número de los beatos y, por tanto, no deberían figurar en esta publicación. Sin embargo, presentamos ahora brevemente sus vidas para que se entienda mejor lo que queremos decir cuando hablamos de confesores.

Beata Sor Catalina Caldés Socias

El primer caso que presentamos aquí es el de la Beata Sor Catalina del Carmen Caldés Socias, franciscana hija de la misericordia, fusilada dos veces en la noche del 23 al 24 de julio de 1936¹. Detenida junto a Sor Micaela Rullán i Ribot, las dos religiosas, junto con doña Prudència Canyelles, una viuda que había acogido en su casa a algunos religiosos fugitivos, fueron conducidas a la sede del comité local de la FAI, y encerradas en una habitación. Allí fueron objeto de insultos, burlas y simulacros de fusilamiento durante tres días. Según declaraciones de testigos en el proceso:

Uno del Comité dijo que las habían desnudado, y puestas en el suelo, sobre ellas ponían sacos de arroz que allí tenían para atormentarlas, mientras ellos en el mismo local se hacían servir comidas opíparas. De una mujer, que aún vive, oí otras barbaridades... y esta tenía un hijo en el Comité².

Es difícil saber qué pasó, porque estas voces que circulaban iban cargadas de exageración, a veces por parte de los mismos carceleros que añadían detalles espeluznantes para darse aires, o bien de quienes recibían estas noticias, que añadían de su cosecha otros particulares para subrayar la crueldad de los verdugos. Lo cierto es que, como mínimo, fueron sometidas a lo que hoy

¹ Una breve semblanza de estas muertes en J. LÓPEZ TEULÓN, *El mártir de cada día*. T. II 83-88. También J. AMENGUAL I BATLE, MSSCC «Víctimas, martirio y canonizaciones», que reproduce el texto de las declaraciones de los testigos en el proceso diocesano.

² J. AMENGUAL I BATLE, «Víctimas, martirio y canonizaciones», 29.

se llama acoso físico y verbal y torturas psicológicas. A esa celda improvisada llegaron después otras dos religiosas, las teresianas de Ossó Mercedes Prat i Prat y Joaquina Miguel Paredes, portuguesa, a las que se añadió Pau Noguera, un joven cooperador de los Misioneros de los Sagrados Corazones. Quedaron, pues, seis personas en aquella prisión improvisada. Sor Joaquina Miguel, en su declaración cuenta el trato que recibieron:

Colocadas en un patio, donde encontramos también a dos religiosas franciscanas [sor Micaela y sor Catalina], se unió a nosotras más tarde un Hno. de los Sagrados Corazones [Hno. Pau] que tenía las manos atadas a la espalda. Nos hacían poner en fila, y esto varias veces, diciéndonos que nos iban a matar y apuntándonos con sus fusiles³.

En la relación escrita que entregó para la historia de la congregación al terminar la guerra, sor Joaquina Miguel añade otros detalles del encerramiento que padecieron:

El jefe de la cuadrilla nos llevó a una casa donde había muchísimos hombres, todos armados. Antes de entrar hicieron con nosotras un simulacro de fusilamiento y luego nos condujeron a un patio abierto donde había un joven [Hno. Pau Noguera], dos franciscanas [Sor Micaela Rullán y Sor Catalina del Carmen Calvés] y una viuda [Prudència Canyelles] a quien habían prendido por hospedar a los religiosos en su casa. Nos registraron antes de meternos en un cuarto que nos sirvió de cárcel. Allí guardaban armas y municiones, que los rojos nos arrojaban a puñados a la cara, y, como entraban y salían continuamente, nos hicieron

³ *Ibidem*, 30.

pasar muy malos ratos; una veces apuntándonos con los fusiles, otras amenazándonos con golpes capaces de rompernos la cabeza, otras oprimiéndonos de tal forma que ni respirar podíamos... El jefecillo que nos había secuestrado, al recibir una orden del gobierno, mandó que pusieran en libertad a todas las mujeres; pero sin preocuparse de nosotras, se marchó a otra parte dejándonos prisioneras⁴.

El de los falsos fusilamientos era un cruel entretenimiento, bastante común, que ponía a durísima prueba los nervios de los detenidos. El p. Mariano Sierra Almazor osb, monje del monasterio benedictino de El Pueyo fue detenido el 21 de julio y llevado a prisión. Algunos días más tarde, lo subieron de madrugada al monasterio para que indicara dónde estaban las armas que supuestamente tenían escondidas allí los monjes, a lo que el pobre padre lógicamente no podía responder nada, pues no las había. Para forzarlo a confesar lo sometieron varias veces a la tortura del simulacro de fusilamiento. El padre Mariano cayó desmayado y perdió el conocimiento, y como no consiguieron nada, lo bajaron a la cárcel otra vez, casi sin sentido. A los pocos días, el 9 de agosto, fue fusilado, esta vez de veras, junto con el obispo de Barbastro, Don Florentino Asensio Barroso, Ceferino Jiménez Malla, «el Pelé», y algunos claretianos⁵.

A este tormento del simulacro debe añadirse el de la sed, que en los calores de julio en un cuarto cerrado debía de ser sofocante, más la falta de servicios higiénicos y la incertidumbre ante la

⁴ Relación de la H. Joaquina Miguel, *Crónica de la Compañía de Santa Teresa de Jesús*, 2-3, en A. MONTERO, *La persecución*, 518.

⁵ Declaración del testigo José Forcada en el juicio penal contra los asesinos de Barbastro de 1936. Archivo Militar de Zaragoza.

suerte que iban a correr. Así transcurrieron las horas y, quizá, algún día. Por fin, a eso de las nueve de la noche del 23 de julio, los obligaron a subir a un camión. De nuevo, es sor Joaquina Miguel quien declara:

Cuando llegó la noche trajeron un camión, rodeado de más de quinientos milicianos rojos, en el cual fuimos metidos todas las religiosas y el joven y un pelotón de hombres armados. [...]. Ya subidos en el camión a que he hecho referencia, y partiendo de la casa donde nos encontrábamos, éste siguió un rumbo para mí desconocido. Poco después el camión iba parando de trecho en trecho mientras hablaban entre sí los milicianos, volvían a arrancar y al cabo de un rato volvían a pararse, teniendo de esta manera nuestros ánimos excitados, hasta que llegamos a descampado y de noche ya, nos hicieron bajar a todos; primeramente hicieron bajar al Hno. y el camión continuó su marcha oyendo nosotros los tiros y los gemidos del Hno. Al poco rato nos hacen bajar a la M. Mercedes, a mí, a una franciscana más y a la viuda, quedando en el camión la otra franciscana más joven. Fue entonces cuando la M. Mercedes con toda serenidad me dijo: «Ahora sí que nos van a matar»⁶.

Era la carretera de la Rabassada, una pintoresca ruta panorámica que sube zigzagueando por la ladera del monte desde los arrabales de Barcelona hasta la colina del Tibidabo, y que en aquellos días se convirtió en lugar ideal para fusilamientos sin testigos. En su declaración, la hermana Joaquina parece dar a entender que los colocaron por grupos, pero por otros testimonios y la disposición de los cuerpos, parece que en realidad

⁶ J. AMENGUAL I BATLE, «Víctimas, martirio y canonizaciones», 29.

estaban todos juntos. Así pues, los hicieron bajar del camión y los colocaron más o menos alineados, mientras seis milicianos desde el centro de la carretera hicieron fuego. El hermano Pau, la viuda Canyelles y sor Micaela murieron al instante; sor Mercedes quedó herida de gravedad, mientras que sor Catalina y sor Joaquina resultaron solo heridas.

Aquí comienza el segundo calvario de sor Catalina. Herida en el muslo izquierdo, cuando se hubieron marchado los verdugos, se levantó, y cojeando como pudo, se dirigió a una torre cercana pidiendo ayuda y un poco de agua, pues el calor, las privaciones previas al fusilamiento, sumado a la pérdida de sangre, debían de provocarle una sed terrible. La masovera⁷, Antonia Canal, conocida de las hermanas, declaró posteriormente en el proceso de beatificación y contó lo que sucedió aquella noche:

Recuerdo que a las dos de la madrugada del viernes 24 [de julio] llamaron a la torre donde yo estoy de masovera; yo estaba en cama, me levanté y pregunté: «¿Quién hay?» y me respondió: «Soy Sor Catalina, ¿me conoce?» por la voz la reconocí y al interrogarla le di un poco de agua pues tenía mucha sed y en seguida un poco de leche, contestándome: «Lo que quiera, me es igual». Entonces le di un poco de leche que guardaba para mi hijo enfermo; y la Sierva de Dios me dijo: «¡Que buena y fresca!». Yo insistí si quería más y me respondió: «Gracias, ya tengo bastante». Luego pasó dentro de mi casa y como manaba mucha sangre de

⁷ En Cataluña y el este de Aragón se suele llamar «torre» a una casa de campo y, por extensión, a lo que en el centro de España se llamaba entonces un «hotelito», es decir, una casita de campo para gente de ciudad. El masovero es el que cuida una masía y cultiva la tierra a cambio de una parte de los frutos. En este caso, masovero equivale a guardés.

la herida yo la curé y al efecto le puse una gasa y la envolví con el pañuelo negro que llevaba puesto en mi cabeza. Sosegada me contó el triste cuadro del fusilamiento ya relatado. He de hacer constar que me maravilló el estado de ánimo de la Sierva de Dios. Después de haberla curado y asistido se quedó tranquila, serena, e incluso me prodigaba consuelo a mí. Una de las frases que reiteró fue que todo lo había sufrido por Dios y si era su voluntad que muriera, en sus manos se entregaba. Más tarde yo tenía propósito de que se quedara en casa; quería ofrecerle mi propia cama, pero ante el temor de mi esposo y de mi hijo que temían represalias trágicas, desistí. Ella me contestó le prestara una silla y se quedó en una parte extrema del jardín de nuestra casa rogándome que telefonara a un señor de la Generalitat quien la alojara en su casa. Desistí de hacerlo porque yo no tenía teléfono sino que debíamos valernos del público que estaba en la tienda de Cal Remigio Bertrand siempre llena de milicianos.

Sucedió entonces algo extraordinario. Una patrulla de milicianos debió de alertarse al ver las luces encendidas y oír voces a horas tan intempestivas, se acercaron disparando. Entre ellos, estaba el yerno de la señora que atendió a sor Catalina, que hizo cesar el fuego. Debió de seguir entonces una conversación algo animada que se saldó con la nueva detención de la religiosa, para la que comenzaba su segunda subida al monte Calvario en la misma noche. Continúa así su relato la señora Canal:

He de hacer constar que entre los milicianos había un yerno mío y al enterarse del caso las patrullas comenzaron a disparar contra nosotros advirtiéndoles mi yerno que no lo hicieran porque allí vivían sus suegros. Al detener a la Sierva de Dios [sor Catalina] yo propuse que la llevaran al Clínico pues ella lo había pedido

y se me contestó: «Ya veremos lo que hacemos». Resultando que se la llevaron, siguieron el camino de Lourdes hacia el Valle de Hebrón y después a la Rabassada. Pero por el camino la asesinaron según referencias de personas que lo vieron. Mi yerno ya no le vi más. Se enroló en la guerra y supimos que lo habían matado⁸.

Sor Catalina nunca llegó al Hospital. La devolvieron a la misma carretera de la Rabassada y allí la fusilaron por segunda vez en la misma noche.

Beato Francesc Güell Alberch

El de Sor Catalina no fue el único caso de doble fusilamiento, aunque el suyo es ciertamente excepcional, por haberse producido en una misma noche. Tenemos también el del beato Mn. Francesc Güell Alberch, de Bellprat, en la diócesis de Vic. En su caso, el ensañamiento es aún más trágico, porque en el hospital se había repuesto casi completamente de las heridas gravísimas causadas por los disparos, y fue allí donde vinieron a buscarlo, aparentemente por la delación de un médico.

Mn. Güell, había nacido en 1887 en Pla de l'Estany, y había sido ordenado en 1916. Después de pasar por varios pueblos fue nombrado Párroco de Bellprat en 1935. Allí estaba cuando estalló la revolución. El boletín de la diócesis de Vic en los años de la posguerra, cuenta así lo que sucedió:

Al estallar la revolución no quiso marcharse, porque, decía: «Mi obligación es regir la Parroquia». Ante la insistencia de

⁸ J. AMENGUAL I BATLE, «Víctimas, martirio y canonizaciones», 29.

sus fieles amigos, respondía siempre: «Si me matan, moriré por Dios». El día 21 de julio de 1936 unos incendiarios, procedentes de Santa Coloma de Queralt, prendieron fuego a la Iglesia Parroquial de Bellprat, al mismo tiempo que maltrataron cruelmente al Rdo. Párroco, ordenándole que no se moviera de su casa. Obedeció el Rdo. Güell hasta que cinco días más tarde, cuando se revestía con los ornamentos sagrados para celebrar Misa en su propio hogar, fue detenido por una turba de milicianos —eran treinta y tres— que saquearon la casa, echando los muebles a la calle y destruyéndolo todo. A él le arrojaron objetos a la cabeza y le amenazaron con burlas sangrientas. Después de un interrogatorio, uno de ellos confesó que aquel sacerdote era un hombre de bien. Sin embargo, tratándole sin miramientos, hasta darle puntapiés y romperle los lentes, se lo llevaron a las afueras, al lugar llamado «Roques d'en Paratge» donde, obligándole a subir sobre una piedra, le dispararon los fusiles y escopetas a la cabeza y al vientre, después le despeñaron por un barranco lleno de maleza. Pero no murió el Rdo. Güell, sino que aún tuvo fuerzas para llegar, arrastrándose, a un pequeño arroyo y beber un poco de agua. Momentos después un joven (organista del pueblo) quiso averiguar qué había sido de su buen Párroco, y dando un rodeo por el lugar, logra descubrirle, si bien le cree muerto. Otros vecinos, tomando una tartana y disimulando marchar fuera del pueblo, van en su busca, le sacan del precipicio puesto en un colchón, llaman a un médico de Santa Coloma de Queralt y después de curarle es conducido en una ambulancia al Hospital de Igualada. Allí tiene el consuelo de encontrar al capellán del establecimiento, Rdo. D. Juan Badía, quien con uniforme de médico puede administrar los Santos Sacramentos, recibidos dos veces por Mosén Güell con gran alegría y fervor. Asistido por una enfermera que

era hermana de la Caridad, pudo curarse un poco de las heridas mortales que había recibido.

Dios quiso, no obstante, que Mosén Francisco Güell conquistara otra palma de martirio antes de entrar en el reino de los escogidos. Pasados quince días, habiendo averiguado los asesinos su paradero, dan orden de incomunicarle, y el día 27 de agosto siguiente, cuando estaba ya casi curado, se presentan en el hospital y le preguntan dónde quiere ir, que le acompañarán. Él escogió el pueblo de Tona. Subido en un auto, los asesinos toman la dirección de Bellprat y al llegar al «Pla de les Malles», a unos dos kilómetros de la población, le asesinan definitivamente. Después le vendaron la cabeza con un saco y lo enterraron en el cementerio de Bellprat. El 17 de abril de 1939 fueron trasladados sus restos a un nicho del mismo cementerio⁹.

La misma reseña en este martirologio vicense añade aún una nota interesante. Se aprecia un tono ligeramente moralizante en la anécdota, pero más allá del valor vindicativo refleja ciertamente algo que debió de ser bastante común, como lo muestra la experiencia de otros contextos.

Uno de los que dispararon la primera vez, llamado Arturo, del pueblo de Miralles (Barcelona), que hizo burlas poniéndose el sombrero del Rdo. Güell y una estola, al llegar a Santa María de Montbuy, empezó a gritar: «Yo no he sido quien ha matado

⁹ *Martirologio Vicense* (Imprenta Portabella, Vich 1945) 81-82. Ver también *Informe diocesano de Vic* 11-12, en A. MONTERO, *La persecución*, 594 y «Rdo. D. Francisco Güell Alberch, párroco de Bellprat», *Hoja parroquial. Vich*. Año XXXII, núm. 45 (noviembre 1943, Galería de los sacerdotes mártires de la diócesis de Vich

el Párroco de Bellprat», «¡Yo no he sido!». Sus compañeros se vieron forzados a taparle la boca. Le sobrevinieron unos ataques y tuvo que ser encerrado en un manicomio por espacio de dos meses. Esos ataques se le repitieron después con frecuencia¹⁰.

No es fácil acallar al subconsciente, que se rebela ante esta violencia. «La sangre de tu hermano me está gritando desde el suelo» (Gn 4,10), dice la Escritura con belleza poética para expresar lo que la moderna psicología ha descubierto: la voz del subconsciente que grita desde el (sub)suelo. Es una experiencia que han vivido grandes criminales, miembros de los *Sonderkommandos* de las SS, o asesinos a sueldo de la mafia y de organizaciones secretas, que han terminado víctimas de trastornos psíquicos provocados por el exceso de sangre. Tenemos un testimonio parecido en la «extraña enfermedad» contraída por uno de los asesinos de Barbastro. Así lo cuenta una mujer que tuvo que hospedar en su casa un comité de milicias. Uno de aquellos jóvenes, que se había ensañado especialmente en el asesinato del p. Mauro Palazuelos, benedictino de El Pueyo, en un momento de angustia se confió con su casera:

«Mire, no sé qué me pasa pero sufro mucho. Me han examinado muchos médicos en Monzón y Barbastro y los remedios que me dan no me sirven para nada». La Sra. Armisén le preguntó: «¿Desde cuándo te sucede esto?» Y contestó: «Desde que maté a un fraile quien según me informaron era el Superior del Pueyo. Desde entonces no he podido dormir ni vivir tranquilo porque sus ojos no puedo apartarlos de mí. Este fraile mostró un heroísmo extraordinario». La Sra. Armisén le interrogó: «¿Cómo notaste

¹⁰ *Ibidem.*

en él ese heroísmo?». Y contestó: «Porque cuando le llevábamos a matar, alentaba enardecido a sus compañeros que iban en el camión, rezando y cantando a su madre. Bien amarrado iba y pidió ir a pie siguiendo al camión. Al subir la cuesta del cementerio de Barbastro, cuanto más cantaba más me enfurecía yo pegándole tales golpes con el fusil que llegué a romper la culata sobre él» (sic). «Pasado el Hospital cercano al cementerio, y antes de llegar a éste, este fraile nos pidió la gracia de despedirse de su madre; algunos compañeros míos se la otorgaron diciendo: “Dejémosle, ¡qué tiene que ver, que se despida de su madre!”. (Creían ellos se refería a su madre natural recluida en aquel Hospital donde no estaba). Yo le mandaba seguir adelante, pero al fin accedí a su deseo. Entonces comenzó a entonar una plegaria a la Virgen. Al verme yo contradecido con esta salida del Superior del Pueyo, rabioso, le golpeé con más fuerza. Al llegar cerca del cementerio, alentó este fraile a sus compañeros y junto a la puerta (del cementerio) les dirigió estas palabras: “¡Perdonad a vuestros verdugos, que pronto estaremos en la gloria!”. Era tal la rabia que me dio este fraile, que entonces dije a mis compañeros: “Vosotros, cuidado de los demás religiosos; ¡a éste (al Superior) me lo cargo yo!”. Mientras los demás entraban en el cementerio, yo quedé solo con él (Superior del Pueyo) junto a la puerta y a la parte de fuera y con palabras groseras le dije: “¿Cómo quieres morir, mirando a la pared o mirando a tu madre?” y él me contestó: “Mirando a mi Madre”. Acto seguido dirigió la vista hacia el Pueyo y comprendiendo yo que se refería a la Virgen de ese convento, le dije: “¡Te voy a apuntar para que no cantes más a tu madre!”. Le pegué un tiro en la boca levantándole la tapa de los sesos; cuando Vd. quiera (dijo a la Sra. Armisén) verá los sesos en la pared del cementerio, a la izquierda de la puerta. Cuando le disparé el tiro,

me dirigió una mirada tal y tanto me impresionó la manera de saltar la parte superior del cráneo, que desde entonces se me clavaron sus ojos y no puedo apartarlos de mí. Precisamente desde entonces me viene este sufrimiento y agitación que padezco»¹¹.

Volvamos a nuestros beatos. Tanto sor Catalina como mn. Güell figuran en el martirologio de la Iglesia. El trágico desenlace de su vida recuerda las antiguas *passiones* de los mártires, en las que se detallan, a veces con morbosa minuciosidad, los numerosos suplicios a que fueron sometidos. El más famoso de ellos, san Sebastián, tribuno romano, sobrevivió a una primera ejecución en tiempos del emperador Maximino. Condenado a muerte por ser cristiano, había sido atado a un poste, asaeteado por flechas disparadas por sus compañeros, y finalmente dejado por muerto. Manos piadosas lo recuperaron, lo curaron y cuando se restableció fue él mismo a presentarse otra vez ante el emperador, que ordenó fustigarlo hasta la muerte, esta vez sin sorpresas. Lo mismo se cuenta de otros mártires, aunque sinceramente, el fundamento histórico de tales relatos a veces es más que discutible. De todos modos, si hubiese un escalafón en el martirologio ordenado por méritos o por puntos, a estos dos valientes testigos de Cristo sin duda les corresponderían los primeros puestos, o más bien los últimos, según la lógica del Evangelio, por haber sufrido dos veces el martirio.

¹¹ *Relación jurada que hizo la Sra. Armisén Castellón sobre la muerte gloriosa del p. Mauro Palazuelos, superior de nuestra señora del Pueyo (Barbastro) según las declaraciones del propio verdugo que se las comunicó confidencialmente*, Monasterio de El Pueyo, 14-2-1953. Original en Archivo Abadía Montserrat - Fondo El Pueyo, Palazuelos, Caja IV.

2. Sobrevivientes

Sor Joaquina Miguel Paredes

Este capítulo, sin embargo, está dedicado a los no mártires, es decir, a los confesores. Por ello, lo sorprendente es que aquella trágica noche del 23 de julio al primer fusilamiento de la Rabasada sobrevivieran no una sino dos personas: la beata Catalina Caldés, como hemos visto, y sor Joaquina Miguel Paredes, teresiana de Ossó, que es quien ha relatado los últimos momentos de este grupo. De un grupo de seis fusilados quedaron vivos nada menos que dos personas, lo cual no dice mucho de la eficacia asesina de los verdugos, aunque suponemos que pronto adquirirían una mayor destreza, considerando que eran todavía los primeros días de la revolución y que entonces se mataba al por mayor. Sor Catalina recibió una herida en el muslo que obviamente no afectó a la femoral, aunque perdió mucha sangre. Sor Joaquina Miguel, en cambio, recibió seis heridas (!), pero ninguna de gravedad. Es ella quien informa del hecho, ciertamente sorprendente, de que «la otra franciscana», o sea, sor Catalina, no murió y se fue andando por su propio pie. «Quería que la acompañara, —recuerda— pero me negué a separarme de la M. Mercedes», superiora de su comunidad, que no murió en el acto y se iba apagando lentamente. En su declaración en el proceso, sor Joaquina cuenta así el momento de su propio fusilamiento y lo que siguió a continuación:

Sonaron varias descargas y a la primera me dejé caer en el suelo fingiendo que era muerta. El camión se retiró, pero como se oían muchos lamentos de las víctimas, los verdugos volvieron atrás e

hicieron sobre nosotros otra nueva descarga de ametralladoras para rematarnos a todos. Yo sangraba por las seis heridas que había recibido, pero como no tenía ningún órgano vital interesado, cuando los milicianos se alejaron nuevamente, me acerqué como pude a la Madre Mercedes para ayudarla fraternalmente a bien morir, repitiendo entre gemidos el Padrenuestro y las jaculatorias que yo le sugería. Al oír los lamentos de la moribunda, le recomendé que no gritara por amor de Dios, pues volverían de nuevo aquellos hombres malos y nos matarían. Cuando la Madre Mercedes cesó de hablar y de quejarse, comprendí que ya había muerto y a campo traviesa me metí por la primera senda que encontré para no volver a caer en manos de aquellos bárbaros cuando vinieran a recoger los cadáveres. Después de muchas peripecias me condujeron al Cónsul de Portugal, el cual me entregó a las Madres, las cuales me enviaron a Portugal¹².

Sor Joaquina escribió también una relación para la historia de la compañía durante la persecución en la que añade otros detalles interesantes, que complementan la declaración anterior. Está más elaborada y tiene quizá menos frescura que su deposición ante el tribunal, pero ayuda a situarse y comprender lo que sucedió aquella noche terrible:

Fueron muchos los tiros que llovieron sobre nosotros, porque eran cinco los asesinos y cada uno disparó dos veces con su ametralladora. A la M. Mercedes, sin duda, le perforaron los pulmones por varias partes. Cuando todos caímos en el suelo se marcharon y nos dejaron solas. Vi tan mal a la M. Mercedes que le cogí la cabeza para recostarla; pero al preguntarme ella qué tal

¹² J. AMENGUAL I BATLE, «Víctimas, martirio y canonizaciones», 29.

me encontraba y responderle yo que me sentía muy mal, dijo que no quería incomodarme, levantó la cabeza y la puso en el suelo. Entonces le pregunté con angustia:

—Madre Mercedes, ¿y a dónde iré yo?

—Haga lo que le parezca mejor—me contestó—. Vaya al piso donde están las madres del Consejo o a casa de doña Ester, o pida a alguien que la auxilie. Yo no me levantaré más de aquí.

Era natural que así fuera, porque siendo tan alta y habiendo recibido en pie la granizada de balas, estaba materialmente acribillada y se quejaba a gritos, rezando en voz alta el Padre-nuestro y la jaculatoria Jesús, María y José; yo no hacía más que recomendarle que hablara bajito, porque vendrían los rojos otra vez. Sucedió lo que yo estaba temiendo, porque pasó un auto con un hombre solo, y al ver que aún vivíamos sacó su fusil y disparó; el tiro tocó también a la M. Mercedes, porque yo me hice la muerta al oír que el coche se acercaba. La otra franciscana que estaba en nuestro grupo no murió, al menos por entonces [Sor Catalina], y se fue; quería que yo la acompañara, pero me negué a separarme de la M. Mercedes mientras estuviera viva. Quedó tendida en tierra junto a mí hasta que le fueron faltando las fuerzas y cesó de quejarse; murió con mucha paz, y antes de retirarme le compuse el vestido para que estuviera con toda modestia. En su actitud parecía un ángel del dolor. Nos fusilaron como a las diez de la noche del jueves 23 de julio, y la M. Mercedes moriría a eso de las dos de la mañana [del 24 de julio de 1936]¹³.

¹³ Relación de la H. Joaquina Miguel. *Crónica de la Compañía de Santa Teresa de Jesús*, 2-3, en A. MONTERO, *La persecución*, 518.

Entre los sobrevivientes a un fusilamiento, además de sor Joaquina, hay también dos sacerdotes, don Diosdado Uralde, de Bilbao, y el p. José María Murall sj, de Barcelona. La historia de ambos es estremecedora y merece ser contada aquí por sus mismos protagonistas.

Don Diosdado Uralde

Don Diosdado Uralde y Ruiz de Luzuriaga, —«el cura de las gafas», como lo llamó el que lo señaló, denunciándolo—, estaba en la cárcel de Larrínaga, gozando, por llamarlo de alguna manera, de la relativa tranquilidad reinante en el *oasis* vasco, en el que el gobierno del PNV había logrado impedir con mayor o menor fortuna los desmanes de sindicatos y partidos revolucionarios. No tanto, sin embargo, como para evitar la destrucción de templos y el asesinato de sacerdotes, como fue el caso de don Diosdado. Bilbao se había convertido en un refugio relativamente seguro para los perseguidos por motivos religiosos. Sin embargo, los reveses en el frente y los bombardeos nacionales sobre objetivos en zona republicana a menudo desencadenaban represalias organizadas o manejadas por elementos radicales, que se cebaban contra los detenidos¹⁴. Este fue, por lo demás, un esquema de comportamiento repetido, no sólo en Bilbao, sino también en otros lugares, como si los bombardeos nacionales fuesen un mero pretexto para asaltar las cárceles y los buques prisión y acabar con los presos, enmascarándolo como legítimas expresiones de ira popular. Es lo que sucedió a raíz del bombardeo sobre Bilbao del 4 de enero de 1937, que provocó como

¹⁴ A. MONTERO, *La persecución*, 357.

represalia el asalto de las cuatro cárceles que había en la ciudad por parte de una multitud enfurecida, con la intención de eliminar a los presos políticos. El número total de muertos aquel día fue de 209, entre los que había al menos 15 sacerdotes. Uno de ellos, don Diosdado, vivió en sus carnes la terrible experiencia y así lo cuenta en primera persona:

Al verme pasar por uno de los corredores, gritaban desde la calle: — ¡Ese es el cura de las gafas de Dos Caminos! ¡El que tocaba el órgano!

Mi tribunal no necesitó más pruebas: el cura de Dos Caminos. Esa fue mi sentencia. Y me llevaron al patio más pequeño de la prisión. Después de varios preparativos me colocaron a un metro de la pared y ellos a tres metros de mí. Me preparé mentalmente para morir, si es que ya no estuviéramos haciéndolo todos los días. Y descargaron sobre mi pecho un tiro de fusil. Me eché a tierra, como había visto hacerlo a los bravos oficiales de [el regimiento] Garellano fusilados en Derio. Uno de los dos milicianos que me ejecutaban, no muy seguro de mi muerte, sacó su pistolón y descargó dos tiros sobre mi cabeza, atravesando uno la frente por detrás de los ojos y otro la mejilla izquierda, saliéndome la bala por debajo del oído derecho. Eran las cinco y cuarto de la tarde.

— ¡Qué sereno ha estado! —comentaron los milicianos—. Y ha estado rezando... Pero ya no dirá más misas.

Estuve yéndome en sangre un rato. Creí morirme de un momento a otro. Pero el frescor de la noche de enero fue coagulando la sangre y taponando las heridas. Al estirar el brazo tropecé con un cuajarón de sangre. Así pasé sobre el suelo hasta las once y media de la noche. De pronto sentí que venían a por mí. Un fin-

gido conato de buen parecer, que hizo al gobierno rojo ordenar el alto el fuego en cárceles y barcos y la recogida de los supervivientes. Patearon a los heridos por si alguno vivía.

—Levántate y ven —dijo alguien.

—No veo.

—Agárrate al brazo.

Mi lazarillo me llevó a una celda contigua, me sentó sobre un colchón y exclamó:

—Queda ahí hasta que te mueras.

Me llevaron luego en camilla al hospital. Llegaron los médicos hasta la puerta de mi habitación. «Está gravísimo», oí que decían. El oculista doctor Castiella dijo a alguien al oído:

—Me he enterado que es sacerdote. Que se prepare.

Allí estaba el gran capellán don Gregorio Garay, gran sacerdote y gran amigo mío, jugándose el físico todos los días en el hospital civil. Le dije:

—Ayer yo confesé a otros. Hoy tú a mí.

Hice, además, declaración de mi última voluntad. Me sentía morir de un momento a otro, con mi cabeza despedazada y abultada, hasta dar pánico a los que me veían. Tal era la monstruosidad de mi cabeza. Moría en defensa de la religión; yo moría por Cristo. Esa era mi convicción en aquella hora de la verdad. Esa era también la idea de los que me fusilaron al fusilar al cura de las gafas para que ya no dijera más misas¹⁵.

¹⁵ Informe de la diócesis de Vitoria, 64-70, en A. MONTERO, *La persecución*, 362-362.

Don Diosdado sobrevivió a aquella noche terrible y a la guerra. Quedó ciego a causa de las heridas reportadas aquella noche, y no pudo ejercer el ministerio. Entonces las normas eran más severas y no había los medios que después, gracias a la benemérita ONCE, están al servicio de ciegos e invidentes. Pero pudo al menos dejar su propio testimonio.

P. José María Murall sj

Otro sobreviviente a su propio fusilamiento es el p. José María Murall SJ, esta vez en Barcelona, en los primeros días del estallido revolucionario. Cuando comenzaron las matanzas de sacerdotes, en los primeros días sucesivos al fallido golpe del 18 de julio, el p. Murall se hallaba en la casa de ejercicios de san José de la Montaña, en la Bonanova, junto con los pp. José Romá y Félix Cots y el h. Felipe Iriondo. La mañana del 21 de julio los detuvieron en su casa y los condujeron a la sede del comité, donde los hicieron esperar sin hacerlos bajar del coche. El pobre chófer del taxi en que los llevaban, que había sido requisado para ello, les ofreció la posibilidad de escapar, que ellos rechazaron, para no poner en peligro la vida de su benefactor anónimo. Estando en el coche, mientras se confesaban y absolvían unos a otros, una multitud los insultaba y amenazaba. Probablemente porque, aunque iban de paisano, habían visto la tonsura de uno de ellos y los reconocieron como sacerdotes. Al cabo de un rato, vino un soldado con uniforme y dio instrucciones al chófer, que con visible disgusto comprendió lo que significaba la dirección que le dieron: la carretera de San Cugat, en la demarcación de San Genís dels Agudells, «a poca distancia de la capilla del Santo Cristo, parte izquierda subiendo, donde forma un recodo la

No todos los santos que pasan por una persecución religiosa alcanzan la palma del martirio muriendo en ella, ni todos los que murieron en ella fueron mártires.

Presentamos aquí una serie de figuras de santos, ya reconocidos y proclamados o en vías de serlo, que pasaron por la terrible prueba de la persecución religiosa en España en los años treinta, que purificó sus almas acrisolándolas al fuego, preparándolos para una misión en años posteriores. Confesores de la fe, sobrevivientes, clandestinos, fugados componen una galería de retratos, a los que se añaden los que vivieron la contienda en primera persona. A ninguno de ellos cupo en suerte la gloria del martirio y sin embargo, son grandes figuras de santidad en la Iglesia.